

CORAZONES BLANCOS

Soy Madrileña, soy Madridista. Yo tuve el orgullo y el honor de nacer en el castizo barrio de Salamanca y criarme a caballo entre el barrio del Retiro y la Colonia de El Viso, campo de estrellas que me vio crecer, por ser éste lugar elegido de Madrid para emplazar ilusiones, sueños y realidades que superaron a éstos, por ser éste hogar de nuestros corazones. Unos corazones tan grandes, puros y blancos como el Estadio que los alberga, el Estadio Santiago Bernabéu. Unos corazones que con un mismo espíritu y al unísono laten por un Club, El Real Madrid Club de Fútbol.

Mi historia cuenta una jornada blanca que nos es especial a todos los Madridistas y en concreto a mí, por cómo nació en ella, uno de esos corazones blancos; el mío. Mi historia narra cómo tomé conciencia de orgullo y pertenencia al mejor Club de fútbol del siglo XX, tal y como un niño toma conciencia de grupo y pertenencia a un colectivo en sus primeros años de vida. Y es que, aunque habiéndome ya llevado mi padre al Bernabéu por aquel entonces, yo era ciertamente muy niña.

Contaba diez años de edad y no conservo muchos recuerdos de aquel curso de quinto de primaria, pero recuerdo aquel día, como si hubiera sido hoy mismo. Me permitiréis, mis queridos lectores y mis queridos Madridistas que os tutee, puesto que ésta es una historia de tú a tú, de un Madridista para otro. Os diré, sin daros el nombre exacto del mismo, que mi colegio se encontraba en la Colonia de El Viso, en toda esa zona de colegios que se encuentra al lado del Bernabéu y en la calle Serrano.

Aquella mañana cuando me levanté parecía una mañana corriente si no hubiera sido porque cuando me monté en el coche de mi padre para ir al colegio, en la radio no se hablaba de otra cosa. Corría el año 1998 y esa tarde el Real Madrid jugaba contra la Juventus la final de la Copa de Europa. Recuerdo que era una de esas mañanas primaverales tan típicamente Madrileñas, en las que corre una brisa cálida que deja entrever un verano de calor sin tregua. Sin una nube en el firmamento, el cielo azul pastel de Madrid aguardaba con expectación y a nuestro paso por el Bernabéu de camino al colegio, aquel magnífico Coliseo parecía brillar con luz propia, cual estrella en el día, cual Sol Madrileño.

Para mi padre y para el resto de adultos Madridistas, esa final era especial porque el Madrid hacía muchos años que no ganaba una final de la Champions. Nada menos que algunas décadas. Para mí y para los demás niños Madridistas de mi clase, ésa era especial porque era nuestra primera Copa de Europa y sin nosotros tener sospecha alguna, ese evento deportivo nos confirmaría para siempre como Madridistas, sin importar cuál fuera el sino del Club, pues debéis de saber, mis queridos lectores, que cuando un niño de diez años entrega su corazón, lo hace sin reserva o condición alguna, para lo bueno y para lo malo.

Tras el habitual embotellamiento en la calle Serrano, al fin llegábamos al colegio, tarde como era muy común en nosotros. Llamé a la puerta y entré en clase, pero antes de acertar a decir un buenos días al profesor y al resto de compañeros, una oleada blanca inundó mis ojos. Bufandas, banderas, camisetas y demás laureles blancos del Real Madrid adornaban la clase, lo que acabó por confirmarme que aquel no era un día normal. No, desde luego que no. Como si de una sinfonía se tratara, aquel era el día de nuestra ansiada Séptima. Todo un mar de sinfonías blancas. Tras ese primer impacto de color y perplejidad, una sonrisa de complicidad hacia mis compañeros de clase, o mejor dicho, hacia mis amigos y compañeros de infancia y travesuras, se dibujó en mi rostro y sin dejar de mirar y observar cada uno de los objetos traídos por mis amigos a clase, me senté en mi pupitre para empezar el día académico.

Entre explicación y explicación o muy descaradamente en éstas mismas, se hacían especulaciones con las posibles plantillas que sacaría Heynckes esa tarde y entre nosotros hacíamos apuestas de con cuántos goles y autores de los mismos ganaría El Madrid. En mi apuesta particular, un gol como mínimo del capitán de mi corazón, de Raúl, seguido de un gol de mi zurdo favorito, Roberto Carlos. Lo que os puedo decir, es que antes del primer recreo, más de media docena de amigos se habían llevado regañinas y castigos por hablar demasiado en clase, e incluso por pasarse hojitas, con las alineaciones de nuestro equipo y es que en mi clase había y siempre hubo, verdadera pasión Madridista.

Con emoción imagino las caras al leer estas líneas, de éstos con los que compartí días como el que aquí relato. Muchos de ellos con carnet Madridista desde que nacieron y al igual que yo, con tradición Madridista de generaciones, pues bien pareciera que existe un gen Madridista que se hereda de generación en generación. Así eran mis compañeros, igual o más Madridistas que yo.

La campana sonó y como de costumbre, salimos corriendo al patio para jugar al fútbol. He de confesar que no eran muchas las niñas que jugaban, pero en mi caso concreto, mi pasión futbolística era tal y sigue siendo tal, que siempre he disfrutado haciendo paredes, jugadas de estrategias y marcando de Chilenas. Esa mañana, con cada uno de los goles que marcábamos, cantábamos los goles que esa tarde anhelábamos de nuestras estrellas Madridistas y soñábamos corriendo tras el balón, que éramos los campeones de Europa, pues nuestro sueño era tan real, que se podía palpar con los dedos. La escasa media hora de recreo finalizó y volvimos a entrar en clase. Conforme pasaba el día, la tensión y el nerviosismo iban creciendo y ahora lo que se escuchaba en clase eran conversaciones sobre dónde veríamos el partido y lo que era más importante, cómo y dónde quedar en caso de fiesta y celebración en Cibeles. En mi clase ya se contaban los minutos para el toque de campana que marcaba el final de las clases y cuando ésta sonó, toda una algarabía se formó por el vuelco que nos dio el corazón. Faltaba tan poco para empezar a vibrar...Ya no era un sueño, sino toda una realidad. Eran las cinco y media y la tarde de La Final había llegado. En nuestra mente, los nombres y la imagen de once hombres y del gran Heynckes.

Creo que nunca habíamos tardado tan poco en recoger como en aquella tarde y si soy os sincera, he de decir que nadie cogió libros, sino que cada uno recogió los abalorios blancos traídos. Recuerdo, todavía propiciando nerviosismo el solo recuerdo, esas horas de gran incertidumbre, tremendo nerviosismo e ilusión hasta el comienzo del partido. Por fin llegó la hora, eran aproximadamente las ocho y media de la tarde cuando mi padre y yo poníamos la televisión y los jugadores Madridistas saltaban al terreno de juego como auténticos gladiadores, dispuestos a darlo todo tras esos treinta y dos años sin ganar una Champions, porque el Real Madrid C.F, mis queridos lectores, llevaba nada más y nada menos que desde el año 1966 sin conquistar una Copa de Europa. Panucci, Roberto Carlos, Seedorf, Karembeu, Fernando Morientes, Pedja Mijatovic, Raúl, Sanchís, Redondo, el sabio y veterano capitán, Fernando Hierro y el guardameta, Ilgner, aunque os he de confesar que yo era más de Cañizares. Ésos fueron nuestros héroes, los héroes de nuestra queridísima Séptima.

Los pelos se me erizaban como me sigue sucediendo hoy en día, cuando escuchábamos el himno de la Champions. Un himno que me suena a música celestial y a campeones y que, como un secreto os cuento, me recuerda a aquel día, porque cada vez que veo al Madrid jugar un partido de Champions mi mente retrocede a aquel veinte de Mayo del año 1998, un día mítico para todo Madridista. A las ocho y cuarenta y cinco, el silbato del árbitro pitaba el comienzo del partido y el Madrid ponía en juego la pelota. La primera mitad nos hizo chillar a mi padre y a mí con algún sobresalto cerca de la portería Madridista, momentos en los cuales nuestro querido Hierro nos hizo pasar el apuro. Con algún sobresalto y alguna otra oportunidad de Roberto Carlos o Mijatovic, llegamos al descanso de la primera parte. El gol de la victoria se hacía esperar como se hace esperar el más dulce de todos los besos y es que las cosas que con trabajo duro, paciencia y obstinación se obtienen, son las más gratificantes de poseer, como lo fue esa Copa.

El segundo tiempo comenzó al tiempo que yo exclamaba un impetuoso y apasionado: ¡Hala Madrid!. Mi padre y yo ya ni nos sentábamos en el sofá por pura imposibilidad física, pues era tal nuestra excitación en cada jugada, que ésta nos mantenía de pie en el cuarto de estar sin dejar de movernos y chillando en ocasiones. Creo que nunca hemos vivido un partido como aquel. A mí ya no me quedaban uñas que morderme y a él ya no le quedaba voz para gritar su muy enérgico a la vez que poco fino: ¡vamos, coño!. Todavía creo que su flamante expresión no sólo era oída por todos nuestros vecinos, sino que llegaba al mismísimo estadio del Ámsterdam Arena donde se jugaba el partido. De este segundo tiempo, un minuto dorado con sabor a merengue empañó mis recuerdos de cómo transcurrieron los demás minutos. ¡Bendito minuto sesenta y seis! ¡Bendito Pedja!. Como si todavía fuera ese minuto de mi vida, en mi retina ocular se dibuja la imagen de aquel mítico gol, que entregaría al Madrid su séptima Copa de Europa. Panucci sacaba de banda y tras tirar un centro que casi llega a rematar Raúl, el balón salía despedido hacia atrás, momento en el cual Roberto Carlos aprovechaba, como en innumerables ocasiones para tirar un directo y potentísimo tiro a puerta con su zurda, en donde el balón quedaba muerto y el inteligente y grandísimo Pedja Mijatovic aprovechaba para burlar al portero y marcar el tanto de nuestros sueños. ¡Ay, señores! ¡qué momento! ¡qué segundo!. Os

aseguro que el propio tiempo se paró y que al igual que mi padre y yo, todo Madrid se volvió loco.

Los coches pitaban, se escuchaban petardos, cohetes y demás elementos pirotécnicos y mi padre y yo chillábamos, llorábamos, nos abrazábamos y corríamos por toda la casa. Ni siquiera vimos la celebración de Mijatovic porque nosotros teníamos la nuestra propia. Bien era cierto que todavía quedaban muchos minutos de juego hasta el final del partido, pero en ese momento éramos los campeones de Europa. Tan solo mantener la portería Madridista fuera del alcance de la Juve y tras unos minutos aquello se haría realidad.

Tras ese gol, sucedió algo mágico. De repente, toda Europa se volvía hacia nosotros, hacia la ciudad de Madrid. Era como si de pronto el partido y los jugadores que se encontraban en Ámsterdam hubieran dejado de ser relevantes y todo el centro de atención se hubiera trasladado al centro de Madrid. En menos de lo que nos habíamos imaginado, el partido terminaba con ese marcador y Madrid se convertía en el centro de Europa. Nunca jamás había vivido algo así hasta aquel día, ni tenido tales sentimientos de cariño y admiración. El Real Madrid CF era campeón de Europa y esa noche hacía brillar todo Madrid. Miles de niños Madrileños como yo nos enorgullecíamos de un Club de Fútbol que por primera vez para nosotros, llevaba a nuestra queridísima ciudad de Madrid más allá de sus fronteras. Aquella noche no sólo debió de nacer este corazón blanco que es el mío, sino que debieron de nacer miles de ellos, de todas las edades, razas y nacionalidades que hay en el mundo, porque nuestro Real Madrid es tan internacional, abierto y cosmopolita como la Ciudad que lo vio nacer. El Real Madrid Club de Fútbol es el agua del río que refleja esta bendita ciudad de Madrid y como río, tiene la capacidad de fluir por todos los rincones del mundo, pues os he de contar, que Madrid viene del árabe "Mayrit", que significa arroyo matriz, es decir, de donde mana el agua o nace el arroyo.

Han pasado ya más de quince años desde ese día que aquí os relato y el Real Madrid consiguió más Copas de Europa. Mi relato acaba aquí, pero no la historia de este mítico Club, ya que ésta es una historia viva y por tanto, eternamente inacabada.

El presente texto literario “ Corazones blancos “ está dedicado a todos los Madridistas, pero muy en especial a la sociedad civil Madridista, o dicho de otro modo, al Madridista de a pie, al Madridista de aquí y de allá, de Madrid y de China, responsable de llevar al Real Madrid C.F. más allá de las fronteras de una Ciudad. Y dentro de este conjunto de Madridistas, a uno muy especial; a mi padre. A ti, papá, que aunque no teniendo el carnet de socios por haberse cerrado la admisión años atrás, eres el más Madridista de todos. Porque ser Madridista no es un carnet, es un espíritu.

En Madrid, Enero de 2014

The current text, which is titled “White Hearts”, is dedicated to all Real Madrid’s fans & supporters around de world but especially to those who form the civil Real Madrid’s Society, ie. to the regular Real Madrid supporter from here and there, from Madrid and from China, whom are responsible for leading the Real Madrid FC beyond the borders of a city. In particular, I dedicate this text to one of them, which is my dad. To you dad, who despite not being an official member of the Club due to being closed the admission of new members years ago, is the most Real Madrid committed supporter and fan. Because being a Real Madrid supporter is not a piece of paper, but a spirit.

Madrid, January 2014